

Las abuelas secretas

Ritos y conocimientos afro-ancestrales femeninos

LA MESA llena de comida, la sidra abierta, los vasos vacíos y el abuelo hablando de aquellas épocas.

Rubén, mi abuelo de abuelo esclavo, mira al horizonte y exclama “¡mi abuela, qué mujer! Era una sabia, tenía eso que dicen ustedes, eso de la intuición”.

Me sorprendió esa necesidad de contarme sobre su abuela. Cuando él relataba, la revivía a ella y, con ella, muchas historias que conozco de parientes, de amigos y de mi trabajo de campo. Me di cuenta de la importancia de esas fiestas inesperadas de historias ancestrales.

Ritos, costumbres, saberes

Me cayó la ficha del aporte de las abuelas y de todo lo callado, enmudecido y tapado que nos rodea: las nanas de leche, un hilito rojo en la frente, las trenzas, la medicina natural, los lunares, la significación de la muerte.

No era una cosa fácil criar y amamantar niños y niñas de otros.

Esas nanas daban la leche de sus cuerpos africanos e indios a los “niños puros” de sus explotadores, alimentando y cuidando a un alto porcentaje de los hijos de patricios orientales.

El hilito rojo en la frente de los bebés cuando tienen hipo también tiene su raíz en las creencias populares. El hipo es una contracción del diafragma y poco tiene que ver con un hilo en la frente, pero según relatan las abuelas y madres, hay “algo” más imperceptible.

Doña María es curandera y dice que el hilo debe ser de lana roja y pegarse en la frente del bebé sólo con la saliva de la madre. Y aquí el sincretismo, lo afectivo y lo científico. Esa práctica energiza el vínculo entre la madre y el bebé y se calma el hipo, porque, además, el niño mira hacia arriba por la atracción del color rojo y así le entra más oxígeno por la boca: el diafragma deja de contraerse. Una práctica muy común en América. Como tantas otras: cuando las mujeres africanas llegaron al continente vinieron con semillas en sus pelos, reales y de ideas. Entre sus cabellos trajeron semillas (voluntaria o involuntariamente: entre las motas hay cosas que se prenden encarnizadamente), que se desperdigaron por varias partes de América del Sur: el aloe, la marula, la sensibilera, a la que se le dice, nada menos, Espada de San Jorge. También a través de los trenzados construían “mapas de fugas”: algunas investigaciones hechas al Sur de Brasil dan cuenta de territorios o geografías dibujadas principalmente en las cabezas de las niñas, con la ayuda de esas trenzas, que indicaban cómo huir de la trata o el esclavismo. Muchos escaparon y otros fueron rapados para que no se dibujara ninguna idea de libertad.

Y también el trenzado como portador de ideas o creencias. Cada hebra de pelo tiene vida y para la trenza se necesitan tres con sus respectivos significados: alma, mente



Barrio Palermo. / IVÁN FRANCO

y cuerpo; trenzas que 2.000 años antes de Cristo ya se hacían con el objetivo de armonizar a las personas y que sólo podían hacer mujeres especialmente facultadas.

“Tu pelo no está allí por casualidad, sino que tiene un propósito definido”, asegura Laura Aguilar del proyecto Trenzarte, que trenza gracias a la tradición oral y a su propia historia. Fue la tía abuela quien les enseñó sólo a Laura y a Valeria. Sólo a dos mujeres de la familia, la práctica, el ritual. Les contó el secreto de este arte que no sólo es estética; según sus culturas y creencias, otorga lazos curativos dentro del alma de la mujer o el hombre a trenzar.

Los ritos curativos son diversos, y la conversación es uno de los más potentes: las abuelas lo hacían entre “las higueras” para resolver problemas. Durante la noche y casi siempre descalzas, se cobijaban bajo una higuera para descifrar la incertidumbre que aquejaba a la consultante. Conversaban toda la noche y, cuando llegaba el alba, el oráculo de la naturaleza se iba a dormir y la abuela también. Y así: la luna y los lunares, que en esas tradiciones representan un canal que se abre cuando hay luna llena y que puede conducir hacia el amor y el placer. Algunas abuelas distinguen el significado según el lugar que ocupan los lunares en el cuerpo; si están en el cuello, cerca de la boca o hasta en las nalgas. Y la muerte, ese gran tabú occidental, ese gran episodio en los secretos de los patrimonios femeninos afro: cuando en algunas familias alguien moría, las abuelas abrían sus ventanas y puertas para liberar al que debía irse. Pero cuando una mujer demostraba conocien-

tos holísticos era considerada una bruja, una hechicera, una loca, y esas concepciones terminaban muchas veces en episodios violentos sobre ellas. El silencio y el encubrimiento de la realidad también son parte de cómo se ha transmitido la ancestralidad de las mujeres.

El blanco oculto

Parte de la obra de Pedro Figari es un ejemplo claro de cómo ciertos secretos ancestrales se canalizan a través del arte. Seguramente el impresionismo del pintor excedió su cuerpo en esas fiestas negras a las que asistía gracias a su nana, aunque la historia no la nombre. En sus cuadernos de jovencito había recuerdos de la niñez pero no fue hasta ser un adulto que sintetizó, no muy profusamente, sus recuerdos, percepciones y experiencias a través de sus pinturas.

De hecho, el único documento que habla de su infancia es uno prejuicioso y burlón que escribió uno de sus amigos encumbrados de la época, titulado *Obstinación infantil*: “Recordamos, entre tantas, la historia de su cocinera, quizás la sierva fiel que le brindara todo ese regalo negro de su niñez. Nos contaba un día, cómo de niño, cuando estudiaba sobre la mesa larga del comedor, se regocijaba torturando a la paciente fórmula. Cuando entraba con la bandeja cargada de copas y de platos, se ponía a tamborilear los dedos con ritmos vivos de danza africana. Y la negra, como presa de un maleficio, empezaba, resistiéndose, a contornear su cuerpo. Y suplicante le pedía: “no, niño, por favor, no... no, niño...”, hasta que la obstinación infantil, regocijada, vencía el respeto

de la sierva, y la negra se entregaba, poseída, al terrible llamado de la danza ancestral”.

Las inoportunidades en estas historias son muchas. Esta “sierva fiel” seguramente fue quien le brindara a Figari el secreto memorial. “El regalo negro” de imágenes que no pudo borrar y que marcaron su curiosidad y su mirada ideológica.

“Secretos maléficos”

Las expresiones “presa de un maleficio” y “poseída al llamado de una danza ancestral” nos informan bastante sobre por qué esos rituales fueron ocultos y sagrados. Quizás por esto el racismo patriarcal y el evangelismo han hecho estragos en los territorios de la fe y las creencias. Simplemente lo que valía era lo impuesto. Pero el ingenio siempre aparece para seguir viviendo nuestras verdades aunque pasen a ser una cosa incontable, secreta.

Así es que nace el sincretismo, la necesidad de mantener una fe original disfrazada de eso que me exigen que sea. El sincretismo fue una forma atrevida de seguir viviendo, de no renunciar a ser personas portadoras de una cultura. Adiós a su comida, a su cotidianidad, adiós al nombre y a sus familias en continente africano; ésa ha sido una idea y una práctica persistente de aculturación. Pero nunca adiós a la memoria y sus necesidades rebeldes de seguir vivas, de perdurar. La gestación del sincretismo despliega refugios de creencias, una historias de Orishas y Santos.

La participación de los africanos de diversas naciones en el Corpus Cristi selló también parte del devenir del candombe en Uruguay.

Hoy hay grandes tocadores de candombe que conocieron su toque gracias a sus abuelas que sabían hacerlo pero que no lo hacían en público.

En el tejido de la memoria estos afectos son clave. Estas mujeres merecen más que un recuerdo pasajero, dado su aporte al patrimonio vivo del país.

Las abuelas conocedoras se han sorteado una generación, para contar secretos que ya no son “tan valiosos”. ¿O sí?

Los secretos consanguíneos son otro gran capítulo: en un país tan pequeño la novela dramática sobre los ocultamientos familiares tiene un lugar especial entre las particularidades de los relajos locatarios que trajo la urbanización y el machismo forjador de un mismo padre proveedor con pie en varias casas.

Desde hace mucho las abuelas han sido las transmisoras ocultas de secretos caseros en las cocinas, en los fogones, en las curas de alma, mente y cuerpo.

Esas mujeres en muchos casos debían disimular ser transmisoras de conocimientos en conexión con la naturaleza y con sí mismas.

El recuerdo tiene aun más sentido cuando aquel que recuerda además lo transmite, lo traslada.

Un buen desafío para nuestra generación es que la historia no contada la deshilemos nosotros de la mano de las abuelas secretas. ■

*Herrera Mac Lean, Carlos. *Pedro Figari*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1944.